

Poeta secreto y hombre público

Jaime Torres Bodet

Octavio Paz

Cuando la profesora Rebeca Barriga y mi amigo Anthony Stanton me pidieron que inaugurase estas Jornadas con una semblanza de Jaime Torres Bodet, mi primera y espontánea reacción fue negarme. Después, acepté. Fui imprudente: no sé si lo que voy a decir añadirá realmente algo al conocimiento de su obra y de su figura. Lo lamento de veras porque ambos, el escritor y el hombre público, merecen un conocimiento más profundo y una consagración más amplia y generosa. Torres Bodet, su obra y su persona, son parte —y parte imprescindible— de la literatura y la historia del México moderno.

Al escritor lo leí muy pronto y con el mismo asombro con que leí a sus compañeros de generación; al hombre lo conocí hacia 1940, cuando yo era un joven poeta desconocido, un muchacho sin oficio ni beneficio, y él un alto funcionario en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Acababa de regresar a México, al cabo de un viaje accidentado a través de Europa en guerra. Alguna vez le oí contar, con ademanes sobrios y en ese tono un tanto impersonal que después encontré en sus *Memorias*, las aventuras de esos días terribles. Creo que nos presentó Jorge Cuesta; mostró curiosidad por mi persona y, a su pedido, lo visité en varias ocasiones en su despacho en Relaciones. En dos o tres ocasiones me invitó a comer en un restaurante cercano, no sé si vienés o húngaro (recuerdo solamente el deleitable Tokai). En uno de esos encuentros me leyó algunos de los sonetos que entonces escribía. A pesar de las diferencias de edad y de posición, se interesaba en mi poesía e incluso, bondadosamente, descubrió algunas afinidades entre sus sonetos y otros que yo había publicado en *Letras de México*. Afinidad pasajera y debida tanto a la universalidad de los sentimientos que ambos queríamos expresar como a nuestra común deuda con Quevedo. Me apresuro a señalar que los suyos, mucho más perfectos que los míos, eran la obra de un poeta en la plenitud de sus dones mientras que los míos eran balbuceos.

Nuestra incipiente amistad se interrumpió: en 1943 abandoné México por mucho tiempo. Sin embargo, lo volví a ver en París, en donde coincidimos por una temporada; después, con menos frecuencia, en México. Sus deberes de hombre público le dejaban poco tiempo libre y nuestro trato se volvió esporádico. No fui realmente su amigo —nos separaban muchas cosas— y, además, debo confesarlo, en dos o tres ocasiones algunos equívocos empañaron nuestra relación. Subrayo que, a pesar de esas diferencias, siempre lo estimé. Añado ahora que, a medida que pasan los años, esa estimación crece y se hace más honda. Esta es la razón de mi presencia, esta mañana, entre ustedes.

Jaime Torres Bodet quiso, ante todo, ser un poeta. No se equivocó: la poesía es el corazón de su obra literaria. En una generación de poetas escasos, salvo Carlos Pellicer, fue

un poeta relativamente abundante aunque intermitente. En su juventud escribió y publicó mucho; más tarde, a partir de 1949, sus publicaciones se espaciaron: la vida pública terminó por devorar al poeta. También dañó a una parte de su obra, la final, contagiándola de una retórica humanista o humanitaria, rebosante de filantropía, sentimientos solidarios y lugares comunes. No solamente el infierno está empedrado de buenas intenciones. No obstante, volvió sobre sus pasos y su último libro de poesía, *Trébol de cuatro bojas* (1958), es un inesperado y esbelto surtidor. Consiste en cuatro poemas extensos en elegantes y diáfanos tercetos, a la manera de las epístolas y elegías de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII, dirigidos a cuatro poetas amigos: Carlos Pellicer, José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano y Xavier Villaurrutia.

En los primeros poemas de Torres Bodet es visible la presencia de González Martínez, que fue el primer maestro de su generación. Al desprenderse de esa influencia, aceptó la de Antonio Machado y, más perceptiblemente, la de Juan Ramón Jiménez. Conocedor inteligente de la literatura francesa, en esta primera época hay ecos también de Francis Jammes y de otros simbolistas. No tardó en cambiar y en aventurarse, siempre con cautela, en otros mundos, ahora de la mano de algunos españoles de la Generación de 1927, en especial la de Pedro Salinas, temperamento afín. Cambio de piel más que de alma pero cambio benéfico. Eran los años de la vanguardia y Torres Bodet, como la mayoría de sus compañeros de Contemporáneos, adoptó con prudencia las innovaciones y libertades de la nueva poética. "Sus mejores momentos", dice Anderson Imbert, "fueron aquellos en que se despeinaba la imaginación, sólo que lo hacía con la misma elegancia que otros ponen en peinársela". No se demoró en las arenas movilizadas de la vanguardia. Las potencias del orden lo recorrieron y en ese período de regreso a sus gustos originales escribió sus dos mejores libros: *Cripta* (1937) y *Sonetos* (1949). Ambos contienen poemas memorables. Al primero lo perjudicó en la estimación crítica la cercanía con la publicación de los libros centrales de Gorostiza, *Muerte sin fin* (1939), y de Villaurrutia, *Nostalgia de la muerte* (1938). Salvo una nota inteligente de Gorostiza, el libro fue acogido con indiferencia. Injusto aunque explicable desvío: su evolución poética fue muy parecida a la de los compañeros de generación y no era fácil distinguir lo que separaba a su poesía de la de ellos. Hoy podemos apreciar con mayor claridad la valía de muchos de esos poemas y la perfección de su escritura.

Esas aventuras, unas hacia nuevas tierras poéticas y otras, más arriesgadas, hacia su propia intimidad, no le hicieron olvidar la lección poética de González Martínez. Una lección moral y estética que puede resumirse en una palabra: *conciencia*. En el sentido psicológico, conciencia designa al autoconocimiento; en el moral, al dominio sobre nosotros mismos; en

el estético, al sentimiento del límite y al amor a la forma: el decoro horaciano. El peligro de esta actitud es el parnasianismo; su fuerte, no perder la cabeza en el delirio. Su generación había hecho de la aventura mental una estética y de la libertad un culto, una religión; Torres Bodet opuso a estas tendencias no una negación sino una reserva inteligente. Resistió al vértigo del vuelo y a la fascinación de la caída. Más que estoico fue moderado y, más que moderado, lúcido. Entre estos dos términos, moderación y lucidez, se despliega lo mejor de su obra poética. Poeta lúcido, en un soneto de rara perfección y no exento de cierto didactismo, acertó a definirse:

Junto a la hoguera que pagó en cenizas
el breve triunfo de vivir airada
¡qué incendio más sutil, el del diamante!

¡Y cómo, entre sus fuegos, te deslizas,
frío de la verdad: único instante
en que, sin lucidez, la luz no es nada!

Tercetos admirables que se resuelven en la lección del diamante. Pero el diamante, suma de la perfección reflexiva, es también el emblema de la sed. Nadie bebe en sus aguas congeladas, nadie se quema en sus fríos resplandores. Si la hoguera paga en cenizas su pasión, el diamante es un prisionero de su fulgor: no está vivo ni muerto, condenado a brillar sin consumirse. En sus momentos más intensos y puros la poesía de Torres Bodet alcanza una suerte de transparencia diamantina y en esa transparencia reside, justamente, su virtud más alta y su más obvia limitación. Él lo sabía y sabía, asimismo, que la estética del diamante es una cárcel: para escapar, tenía que romper con él mismo y con su moral. No se atrevió. ¿Descendió al fondo de su ser? No lo sabemos; en todo caso, calló. Sin embargo, tuvo el valor de no cerrar los ojos. En *Cripta* hay un poema escalofriante, *Dédalo*, que igualmente podría llamarse "las revelaciones del espejo". Cada poeta está condenado a escribir un poema que es, a un tiempo, su tumba y su monumento. En el caso de Torres Bodet ese poema es *Dédalo*. Es el "momento de la incandescencia", como decía su amigo Gorostiza: ese momento en que el diamante se vuelve conciencia y la conciencia una transparencia espectral. ¿Qué es lo que queda? No el ser sino su imagen, no la imagen sino el espejo, no el espejo sino un haz de reflejos que se disipan:

Enterrado vivo
en un infinito
dédalo de espejos,
me oigo, me sigo,
me busco en el liso
muro del silencio.

Pero no me encuentro

Palpo, escucho, miro.
Por todos los ecos
de este laberinto,
un acento mío
está pretendiendo
llegar a mi oído.

Pero no lo advierto.

Alguien está preso
aquí, en este frío
lúcido recinto,
dédalo de espejos.
Alguien, al que imito.
Si se va, me alejo.
Si regresa, vuelvo.
Si se duerme, sueño.
— "¿Eres tú?" me digo...

Pero no contesto.

Perseguido, herido
por el mismo acento
—que no sé si es mío—
contra el eco mismo
del mismo recuerdo,
en este infinito
dédalo de espejos
enterrado vivo.

Nada en los ensayos y relatos de Torres Bodet tiene la perfección e intensidad de *Dédalo* y de algunos de sus sonetos. Pero su prosa está muy lejos de ser desdeñable; destaca, ante todo, su fluidez, su claridad, su elegancia. Al principio, incurrió en paralelismos y simetrías, a la manera de sus maestros de la *Nouvelle Revue Française*, como si la página fuese un jardín de Le Nôtre. La influencia de Gide atemperó esas afectaciones. Una de sus grandes admiraciones fue Giraudoux y su sombra —o su luz— puede percibirse en casi todos sus relatos, sin excluir al más logrado: *Margarita de niebla*. Giraudoux fue una de las cimas de la prosa en ese período, inventor de un lenguaje a un tiempo rápido y sinuoso, simple y elegante, a ratos danza y otros carrera en un estadio pero, en uno y en otro extremo, sin perder jamás el aliento: la conciencia. Gracia y velocidad, las volutas del preciosismo del siglo XVII y los ángulos rectos de los automóviles del XX. En una palabra: maestría. Sólo que, ¿maestría al servicio de qué y para qué? La influencia de Giraudoux se extendió a Madrid, Buenos Aires y México. Aligeró la prosa pero limó las uñas y los dientes de sus seguidores.

Así como Pedro Salinas fue el poeta español más afín al temperamento poético de Torres Bodet, su prosa de ficción encontró cierta hermandad o correspondencia en la de Benjamín Jamés, aunque el español fue más abundante y vigoroso (más prolijo también). Las ficciones y relatos de Torres Bodet están marcados por su época y él mismo, al final de sus días, los excluyó de sus *Obras escogidas* (1961). Es lástima; esos cuentos y narraciones están bien trazados y su límpida escritura compensa, incluso en sus afectaciones, la endeblesz de los vagos caracteres. Tal vez el mundo exterior estaba poblado, para esa generación, no por personas sino por ideas o, más bien, por las imágenes de un múltiple Narciso. Aunque fue demasiado severo con él mismo, es fácil comprender la reticencia de Torres Bodet frente a esas obras de su juventud. Hoy nos sentimos lejos de esa prosa en la que el ingenio dispara frases que se disipan como fuegos artificiales. Una literatura de buenas maneras puede seducirnos si

detrás de ellas adivinamos abismos y despeñaderos. Pero los gustos literarios, como todo, obedecen a una ley cíclica y mañana, quizá, nuestros nietos leerán a Giraudoux con el placer con que lo leían Villaurrutia y Torres Bodet.

La misma dualidad —moderación y lucidez— rige a sus ensayos de crítica literaria y pictórica. Aquí, la limitación se convierte en ventaja pues lo que le pedimos al crítico es, precisamente, esa moderación que se resuelve en objetividad y esa lucidez que es asimismo penetración. Esas cualidades las tuvo en alto grado en su primer y precoz libro de crítica (*Contemporáneos*) y, sobre todo, en *Inventores de la realidad*, notables ensayos sobre Balzac, Stendhal, Dostoievski y Galdós. El dedicado a Balzac es agudo y erudito, brillante y no pocas veces profundo. Encuentro menos convincentes las páginas sobre Stendhal. Tal vez para Torres Bodet no era muy difícil admirar, comprender e incluso amar a Dostoievski, un espíritu diametralmente opuesto al suyo: era como contemplar, desde el balcón de nuestra casa, el incendio del sol. Tampoco a los otros: Galdós o el pueblo y la libertad, Balzac o las pasiones a la luz de la religión. Stendhal es algo y alguien muy distinto: no la moralidad sino la insuperable lucidez, no la ambición satisfecha sino malograda. Julián Sorel, Fabricio del Dongo y hasta el mismo Conde Mosca: retratos de lo que no fue ni quiso ser Jaime Torres Bodet.

Sus ensayos de crítica pictórica también tienen interés, aunque menor que el de su crítica literaria. Confieso que su silencio desdeñoso ante el arte moderno no me asombra menos que sus juicios, con frecuencia inteligentes y sensibles, sobre los grandes renacentistas. ¿Cómo explicarlo sino por su amor a los valores seguros? A su indudable talento crítico le faltó un ala: la audacia. Esta prudencia también fue la causa probable de su silencio ante sus paisanos, fuesen artistas o escritores. Es una laguna que encuentro, y deploro, en otros escritores mexicanos que poseían, como él, grandes dotes críticas. Pienso sobre todo en Alfonso Reyes. Pero hago mal en citar nombres: se trata de una enfermedad colectiva. En México vivimos entre la maledicencia y el silencio.

Una faceta de la obra en prosa de Torres Bodet merece un comentario por separado: los seis libros de sus *Memorias*. No sé si yo sea la persona más preparada para hacerlo: más de dos tercios de ellas se refieren a su vida de servidor del Estado mexicano y de funcionario internacional. Su interés histórico es evidente pero dejo el tema a los historiadores de profesión; en cambio, como biografía confieso que me dejan perplejo. Cierta, muchas páginas son brillantes, otras inteligentes y algunas conmovedoras. La escritura casi siempre es nítida y muchos de los asuntos e incidentes que relata nos interesan porque nos muestran desde un ángulo distinto al habitual —el de la alta burocracia— la historia agitada de nuestro siglo y de nuestro país. No es bastante: el lector de esa clase de obras pide revelaciones, confidencias, confesiones, desahogos y, en fin, todo lo que buscamos y encontramos en San Agustín, Rousseau, Chateaubriand, Bertrand Russell y, entre nosotros, Vasconcelos. Silencio sobre su vida erótica y sobre su vida interior, sus amores (¿los tuvo?) y sus creencias religiosas y filosóficas, sus desfallecimientos, sus ambiciones, sus envidias, sus fantasmas, sus miedos. ¿El mundo oscuro del cuerpo fue para él una página en blanco? Es difícil creerlo. ¿Cuáles fueron sus sentimientos reales frente a su mujer y sus amigos, sus jefes y sus subordinados? ¿No se

emborrachó, no traicionó ni fue traicionado, no deseó el fruto prohibido, no tuvo celos, no lloró?

Dos excepciones, dos pasiones. La primera fue el amor filial: las páginas en que habla de su madre son casi siempre conmovedoras y poseen la autenticidad de los sonetos que le inspiró su muerte. La segunda: el sentimiento del deber, indistinguible de su ambición burocrática. No fue un ambicioso vulgar: quiso servir a su país desde el Estado y por esto aspiró a los puestos más altos. La pasión de hacer y construir fue su gran pasión.

La reserva de Torres Bodet ante su vida íntima se vuelve un misterio dramático si pensamos en su fin. Una vez que había alcanzado todo o casi todo lo que se había propuesto, después de viajar por última vez a Francia y a Italia como quien se despide de una antigua amante y después de corregir escrupulosamente el último volumen de sus *Memorias*, se disparó un tiro en la bóveda palatina. Se suicidó como si, cumplidos todos sus deberes consigo mismo y con los otros, no tuviese ya nada que hacer. No dejó una línea de adiós. Tenía setenta y dos años. ¿Sufrió una de esas depresiones comunes a esa edad? ¿Padeció una enfermedad incurable? No lo sabemos. El misterio de su muerte corona el misterio de su vida. Conocemos al escritor y al servidor público pero el hombre íntimo se nos escapa. Su caso me hace pensar en el de otro escritor célebre: Aragon. El francés prodigó las medias confesiones y las semirrevelaciones, habló sin cesar de sí mismo y divulgó con cierto impudor sus grandes amores, sus sonadas querellas literarias, sus odios y sus admiraciones políticas. A pesar de todas estas expansiones, unas susurradas en voz baja como quien confía un secreto y otras proclamadas a voz en cuello, Aragon es inasible y desaparece en ese laberinto de rumores, insinuaciones, ecos, reflejos y gritos que son sus libros. Su figura se disipa "en un tumulto idéntico al silencio". ¿Pero qué tumulto, qué agonía, qué risas o qué gemidos oculta el silencio de Torres Bodet, "enterrado vivo en un infinito dédalo de espejos"?

En *Tiempo de arena*, el primer volumen de las *Memorias*, hay algunos retratos de escritores mexicanos que fueron sus maestros o sus amigos: Vasconcelos, Villaurrutia, Novo, Pellicer, Cuesta, Ortiz de Montellano. Instantáneas vívidas y precisas, casi todas memorables. En otros volúmenes también sobresalen algunos retratos de escritores mexicanos, españoles y franceses, aunque son menos espontáneos y directos que los del primer libro. Al llegar a cierta edad y alcanzar ciertas posiciones, Torres Bodet dejó de tener soltura para hablar con naturalidad de los vivos. También son agudas y no pocas veces certeras sus descripciones de personas, paisajes y ciudades. No amó a sus semejantes —confundió al deber con el amor y a la beneficencia con la piedad— pero su curiosidad inteligente ante el pasado y las piedras redime a su inteligencia y la humaniza. El defecto de su prosa consiste en que, con frecuencia, carece de espontaneidad. No es seca sino estirada. Las impresiones directas y las sensaciones están sometidas a una doble censura, estética y moral. La primera tiende a convertir a la frase en una simetría hecha de calculados contrastes que acaban por fatigar; la segunda, más grave, corta y poda las sensaciones, la sensualidad y todo aquello que pudiese parecer inconveniente. Las tijeras de la decencia extirpan la vegetación delirante de las pasiones y los deseos.

Sus experiencias literarias y sus impresiones de viajero son apenas un fragmento de las *Memorias*; el resto está dedicado a contar la historia de un hombre público. La cuenta con esa objetividad elegante que fue uno de los rasgos más notables y nobles de su enigmática persona. Por su naturaleza misma, las *Memorias* son desiguales. Aparte de los fragmentos en que apunta sus opiniones literarias y artísticas —aunque algunos son francamente convencionales— y de los pasajes que nos cautivan o nos retienen porque su tema es la historia contemporánea, hay páginas en las que la prosa desciende al estilo del informe burocrático. El tono enfático de otras nos cansa, lo mismo que el relato de algunos oscuros episodios burocráticos. La narración se vuelve plana, los retratos son más amables que incisivos y se esfuman las aristas de los conflictos. La diplomacia es mala consejera literaria. La lectura de ciertos fragmentos parece un aburrido paseo por una interminable galería en cuyos muros cuelgan retratos de celebridades oficiales. Pero no todo es elocuencia y fasto público; hay páginas melancólicas iluminadas —esa es la palabra— por el sol de la muerte. Páginas sobrias, nada sentimentales y que hacen pensar en el mejor Chateaubriand, como cuando en unas cuantas líneas describe el paisaje, tónico y salubre, que contemplaba algunas tardes desde la terraza de su casa: a lo lejos, las montañas que rodean a nuestra ciudad, la inmensidad del valle, y cerca, una arboleda de fresnos y las tumbas de un cementerio. Torres Bodet opone, involuntariamente, a la "Retórica del paisaje" de Carlos Pellicer una moral del paisaje.

El epílogo de *La tierra prometida*, el volumen que cierra las *Memorias*, tiene la solemnidad de una distribución de premios y la pompa de las exequias de un alto dignatario. Desfilan los reyes y los presidentes que conoció, los poetas y los funcionarios con los que convivió, la gente menuda que lo aplaudió, las ciudades que visitó y amó. Al final se pregunta: ¿cuál será mi palabra final? Y se contesta: "me gustaría articular, al morir, la palabra *quise*... A cada momento quise ser más de lo que fui". Lo consiguió: su vida fue un ascenso en el que cada escalón subido fue un deber cumplido. Admirable lección y, al mismo tiempo, lección que no contesta a la pregunta que de veras cuenta: ¿quién fui, quién era aquél que siempre quiso más? Con una lucidez, ahora sí, plenamente estoica, y como si hubiese adivinado mi reflexión y la quisiese contestar, Torres Bodet termina su libro —y su vida— con una frase que me reconcilia con su persona y que podría ser su epitafio: "Para quien persistió sin descansar, acaso la tumba sea el perdón de la tierra prometida".

Mi evocación del escritor debería terminar aquí. No sería justo: debo dedicar un instante al menos al hombre público. La vida y la obra de Torres Bodet son un capítulo de la larga y tormentosa historia de las relaciones entre el escritor y el poder. Esas relaciones son viejas como la aparición de la primera autoridad, es decir, viejas como los hombres mismos. Desde el siglo XVIII, según todos sabemos, hubo un cambio en este dominio. En ese siglo los intelectuales, descendientes de los clérigos medievales, aparecen como una clase con una clara fisonomía que los separa del resto de la sociedad. Se convierten en los ojos y la lengua del cuerpo social: representan a la crítica. Este es el rasgo que define no sólo a la modernidad sino, sobre todo, al intelectual moderno. Ahora bien, quien dice crítica dice independencia. En el pasado,

los clérigos defendieron muchas veces a las víctimas del poder y denunciaron los abusos de los grandes señores y de los monarcas, pero nunca pusieron en entredicho a los principios que eran el fundamento de su fe y, simultáneamente, del orden social. La crítica del intelectual moderno ha sido, desde el siglo XVIII, crítica de los principios y crítica del poder. Aunque Torres Bodet fue una personalidad eminente, un escritor y un intelectual (no todos los escritores son intelectuales ni todos los intelectuales son escritores) sería inútil buscar en él esa nota distintiva de la modernidad que es la crítica. Su caso es excepcional, no único. En este sentido, no es moderno: no es un descendiente de Kant, Swift o Voltaire sino de los grandes servidores del Estado absoluto, como Colbert.

Comparar a Torres Bodet con Colbert, un personaje del siglo XVII francés, puede parecer absurdo. En efecto, las diferencias son enormes: ni Colbert fue un intelectual ni los regímenes mexicanos, por más imperfecta que haya sido y sea nuestra democracia, se parecen al absolutismo del Luis XIV. Pero lo que deseo destacar es la ausencia de la nota que define a la modernidad: la crítica. En este sentido mi comparación es justa y podría extenderse a otros períodos, como la España borbónica, o a otras civilizaciones, como el Imperio romano y el chino, grandes semilleros de burocracias inteligentes y civilizadoras. Pero no es necesario buscar precedentes en épocas lejanas y países distantes: Torres Bodet se inserta con naturalidad en una tradición que nosotros, los mexicanos, conocemos muy bien y que nace con el régimen virreinal, continúa en el siglo XIX con el porfirismo y llega a nuestros días. En suma y para decirlo pronto: a pesar de sus indudables méritos intelectuales y de su cultura, Torres Bodet no fue realmente un intelectual sino un funcionario. Un alto funcionario cuyos talentos hubieran podido desplegarse con igual brillo en los reinados del gran Federico, de Catalina de Rusia o de Carlos III. Desde Porfirio Díaz el Estado mexicano, en sus mejores momentos, ha continuado esa tradición de los grandes déspotas ilustrados del siglo XVIII.

Temo ser mal interpretado: no quiero reducir a Torres Bodet, quiero comprenderlo. Y así comprender a nuestro pasado y a nuestro presente. Al decir que Torres Bodet fue un gran funcionario, debo introducir una distinción fundamental: no fue un cortesano ni un ideólogo. La tradición cortesana es en México tan antigua como nuestro país; comienza en el siglo XVI y sigue viva en el XX. El ideólogo nace con la modernidad; es uno de sus productos típicos, como lo fue el teólogo en el siglo XVII y el humanista en el Renacimiento. El siglo XX ha sido el del apogeo de los ideólogos y el de su final caída: comenzaron como críticos del orden imperante y del Estado pero después se convirtieron en defensores y apologistas de un sistema totalitario. El derrumbe del socialismo real los ha dejado sin ideas y sin ocupación. En México forman un grupo numeroso y que busca acomodo en la nueva situación. Nada más alejado de Torres Bodet que la pasión ideológica. Fue un hombre tolerante y civilizado, no un cruzado ni un inquisidor. No defendió ninguna causa ni se encerró en un sistema filosófico. Lo recordamos no por sus combates sino por sus obras y por las instituciones que fundó. Espíritu amante de la conciliación, a él le debemos, en gran parte, la reforma del artículo tercero de la Constitución, que había introducido la discordia nacional con ese disparate pedagógico y político que fue la "educación socialista".

Podría detenerme largamente en la enumeración de sus obras, reformas y fundaciones: la campaña contra el analfabetismo, su gestión como Director General de la UNESCO o como Secretario de Relaciones Exteriores, la fundación del Museo Nacional de Antropología... ¿a qué seguir? Sus obras no fueron ni genuflexiones palaciegas ni prédicas de ideólogo.

Torres Bodet sirvió al Estado mexicano porque creyó que desde el Estado podía servir a su patria. Y la sirvió como pocos. Se cuenta con los dedos a los mexicanos que, en este siglo, han realizado una labor tan fecunda y benéfica como la

suya y en campos tan diversos como la educación popular, las relaciones exteriores y la cultura superior. Su nombre se une a los de Justo Sierra, José Vasconcelos, Genaro Estrada, Alfonso Reyes, Ignacio Chávez y Daniel Cosío Villegas. Son siete estrellas de una constelación. Jaime Torres Bodet, autor de complejos y secretos poemas, es asimismo uno de los pilares que sostienen a un México que muchos ignoran o desdennan: el México que piensa y crea. □

México, a 18 de marzo de 1992.

